

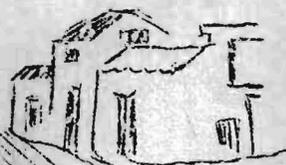


Y ahora te has muerto.... Me resulta difícil explicarte hasta qué punto esa huida tuya ha sido para mí como un hondo silencio, un silencio que es en parte oración por tí. Quisiera poder decir que te portaste mal, que esas cosas no se hacen; y al mismo tiempo temería que no comprendieras. Porque esta pálida ternura mía hecho de compasión, pena y recuerdo, que se desparra en todas las cosas bellas de la tierra como para mostrártelas de golpe en un manojo de maravillas, tú tampoco la comprendiste. No, no podías comprenderla, pobre hombrecito pensativo y solitario que te quedabas horas y horas sentado ante la mesa de un café viendo desfilar a las gentes del mundo.....

No la comprendiste porque no viste en ella lo que tenía de universal y de auténtico, lo que tenía de "poco mío"; porque no reconociste en su diaphanidad la voz eterna que te decía que creyeras en la bondad, en la verdad y en la belleza; porque preferiste cerrar los ojos y morir.

Te dolía que todo pasara y huyera, y tu también pasaste, como las nubes, como los sueños; pero hay una cosa que no ha pasado: y es la ternura que no sentiste, y cuya ausencia en ti fue la causa de tu desertión; esa misma ternura que está en mi alma y en el alma de los cirios y de las rosas; esa ternura hecha de milagro que no es más que un reflejo del alma de Dios, y que acaso a través de estas páginas va a buscarte hasta el otro mundo, y te roza al pasar, impalpable y levísima, como la luz de una estrella remota que en su eterno viaje por los espacios siderales te acariciara apenas con su rubia presencia como un mensaje de perdón. Adiós, Leoncio.

MARCELA.



A tu Encueta

"La Señora de L.... dedicó su vida a una noble labor filantrópica"; así terminaba la nota fúnebre, verdadero rosario de lugares comunes. Calló la voz del lector y hubo un momento de silencio en el grupo de gente obrera que se había formado poco a poco a la puerta del conventillo.

Un racimo de chicuelos, ángeles mugrientos, presenciaba con la boca abierta el movimiento de la casa de enfrente: hombres enlutados que transportaban brazadas de flores, carruajes que

se detenían, grupos elegantes cuchicheando junto al portal de bronce, y finalmente, el gran catafalco negro que se alejaba bamboleándose.

Todos los ojos siguieron la marcha del cortejo. Allí estaban los niños, con sus camisetas raidas; Don Salvador, el tornero, que estaba hacía meses sin trabajo; Elvira, la oficiala de modista, a quien el Doctor acababa de ordenar un viaje a Córdoba, y doña Asunta, siempre con su reuma, y Ricardo y Alberto, que, al volver del trabajo, estudiaban sociología y leían a Marx.

"La Señora de L.... dedicó su vida a una noble labor filantrópica".

Era cierto. Don Salvador se acordaba que el mes pasado, ella había encabezado una lista de donaciones para comprar ropa de abrigo a los niños de Kamtchaka; bien grande que estaba, en la segunda página del periódico.

Y Elvira, como era modista, había recortado una página en que la Señora de L... aparecía con su colección de modelos, en un desfile de modas a beneficio de la "Cruz celeste hawaiana".

Pero mejores todavía eran los retratos que Ricardo y Alberto tenían, clavados en la pared con tachuelas, junto al aparador: la Señora de L... tomando un "cocktail", con traje de raso muy escotado, sentada junto a un caballero de sonrisa tonta. Aquello había sido en la gran cena de fin de año, la Cena "pro-asistencia al Dispéptico".

En otro retrato estaba ella, en Playa Grande, muy extravagante, con su enorme sombrero chinesco y una malla ultramoderna que permitía a medio país enterarse de que la Señora de L... tenía un par de omóplatos dignos de ser empleados en una lección de osteología.

Naturalmente, aquel retrato había sido incluido también en una página de "Figuras Filantrópicas".

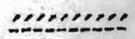
Todos estos pensamientos iban cruzando por la mente de aquellas personas, mientras una a una entraban de nuevo al patio del conventillo, despertando en éste una ola de odio y rebeldía, en aquel burla, en el otro, desprecio.

Solo doña Asunta, que la pobre con su reuma no podía andar mucho, se quedó en la puerta. Y mientras miraba jugar a los chicos, recordaba aquello que había contado el Señor Cura en la misa del domingo, de aquel rico que allí, delante mismo de la puerta de su casa, tuvo años y años a un pobre desamparado, y nunca se le ocurrió darle un pedazo de pan, ni decirle una palabra de cariño.

Y doña Asunta, acordándose del final que tuvo el rico en el otro mundo, se santiguó y entró, mientras se perdían en la distancia el coche fúnebre y su comitiva.

Una vez más quedaron frente a frente el portal de bronce y el paredón del conventillo - Epulón y Lázaro.

MARIA CELIA VELASCO



TODA ALMA QUE SE ELEVA, ELEVA AL MUNDO.....

Elisabeth Leseur

